

Las relaciones entre el Vaticano y la República Popular China: ¿El retorno de la "Ostpolitik"?

Gracia Abad Quintanal

Universidad Nebrija

E-mail: gabad@nebrija.es

Recibido: 10 de junio de 2016

Aceptado: 15 de junio de 2016

RESUMEN: Una de las dimensiones que parece estar caracterizando el papado de Francisco es su voluntad de tender puentes e impulsar o mejorar las relaciones especialmente con aquellos estados con los que el Vaticano no se encuentra en buena sintonía. Entre esos estados se encuentra China, con la que las relaciones no han sido nada fáciles desde la llegada del Partido Comunista al poder y la instauración de la República Popular. Sin embargo, el papa Francisco, como su predecesor, ansía una mejora de las relaciones que permita la unión de todos los católicos chinos y la normalización de las relaciones. Con todo, la materialización de ese deseo no será sencilla tanto por la existencia de numerosos desacuerdos que incluyen cuestiones de gran trascendencia, como la ordenación de obispos. Junto a ello, hay que constatar la existencia de diferentes sensibilidades en relación con el proceso dentro de la iglesia, no solo en Asia, pero sobre todo en aquel continente.

PALABRAS CLAVE: catolicismo, China, diplomacia, papa Francisco, Ostpolitik, Taiwán, Xi Jinping.

1. Introducción

La Santa Sede estableció relaciones, aunque a bajo nivel, con la entonces República de China en 1922 (de hecho, el primer presidente de la República de China, Sun Yat-sen, era cristiano y en 1946 abrió una internunciatura. Desde la proclamación de la República Popular China en 1949 las

relaciones entre el gigante asiático y el Vaticano no han sido fáciles y, ya en 1951, los diplomáticos de la Santa Sede tuvieron que abandonar Beijing, expulsados por el nuevo gobierno, marchándose a Taipei. La internunciatura elevó su rango al de nunciatura en 1966, pero se mantuvo en su nueva ubicación en Taipei.

El papa Francisco, en el marco de su diplomacia orientada a la construcción de puentes y recogiendo en cierta medida aspiraciones ya planteadas por su antecesor, Benedicto XVI, que deseaba la unión de todos los católicos de la República Popular y que en 2007 escribió una importante carta pastoral a todos los católicos chinos haciendo un llamamiento al perdón mutuo entre los miembros de la iglesia patriótica y la clandestina e insistiendo en que la Iglesia no tenía ambiciones políticas, parece apostar por una creciente aproximación que pueda conducir en un plazo relativamente breve al restablecimiento de relaciones diplomáticas. Prueba de ello fue su decisión de nombrar como secretario de estado a Pietro Parolin encargado de las cuestiones relativas a China entre 2005 y 2009, durante el Papado de Benedicto XVI.

Sin embargo, el camino para esa normalización no parece estar exento ni de obstáculos ni de críticas: obstáculos porque no son precisamente cuestiones menores aquellas en torno a las cuales se mantienen las diferencias entre Beijing y el Vaticano y críticas, porque no faltan sectores dentro de la Iglesia, en particular vinculados a las comunidades católicas en Asia o a la comunidad católica clandestina existente en la pro-

pia República Popular China, que ven con notable recelo un proceso que pueda suponer lo que consideran excesivas cesiones por parte de Roma.

2. El catolicismo en la República Popular China

La República Popular China (RPC) y la Santa Sede rompieron relaciones diplomáticas en 1951, hecho al que sigue, seis años después, en 1957, el establecimiento de la Asociación Católica Patriótica China¹, asociación que, por otra parte, estaría mostrando ahora su apoyo al papa Francisco y abogando claramente por un acuerdo entre el gobierno chino y la Santa Sede.

No obstante, en paralelo, iría desarrollándose una iglesia católica clandestina, leal a Roma, cuyos miembros han sido perseguidos y sometidos a penas de cárcel y torturas y cuyas relaciones con la iglesia patriótica, más allá de sus altibajos, fueron especialmente malas en los primeros años tras el establecimiento del comunismo en China. En aquel momento, el papa Pío XII llegó a considerar a los obispos ordenados en el marco

¹ Cf. A. P. LYNCH, "Beijing and the Vatican: Catholics in china and the Politics of Religious Freedom", en *SAGE Open* (2014), 1-10.

de la iglesia patriótica como “falsos pastores”.

Pese a todo, la RPC cuenta en la actualidad con unos 70-100 millones de cristianos (dependiendo de las fuentes) de los cuales doce millones serían católicos; aproximadamente 5.300.000 de esos católicos pertenecen a la Iglesia Patriótica y están representados por los setenta obispos nombrados en el marco de la misma.

Ahora bien, el gobierno chino sigue viendo con desconfianza a los cristianos, incluidos los católicos, pues considera que fomentan la contestación política y pueden llegar a cambiar la fisonomía de la sociedad china. Un problema que se acrecienta a medida que crece su número, pues si por una parte el control se vuelve cada vez más difícil, su posible influencia, que presumen negativa, también podría ser cada vez mayor.

Ese dilema es probablemente lo que ha llevado en los últimos años al gobierno chino a articular respecto del catolicismo una estrategia que, según se quiera, podemos considerar de contradictoria o de “palo y zanahoria”. Y es que, si por una parte es innegable que en los últimos años parecen haberse concedido ciertas libertades a los católicos y que el 90% de los obispos reconocen obediencia al Papa, no

es menos cierto que también parece haberse recrudecido la persecución de que es objeto la iglesia clandestina, –con medidas que han incluido la retirada de cruces y el cierre de seminarios– hasta el punto de que 2014 ha sido considerado como el año de mayor represión contra los cristianos desde la Revolución Cultural².

3. La normalización de las relaciones: las cuestiones clave

Este es el contexto en el que se inscriben los esfuerzos de reaproximación con la República Popular China puestos en marcha desde la Santa Sede. En el marco de tales empeños merece una especial mención el intercambio de visitas entre China y el Vaticano en junio de 2014, en diciembre de 2015 y en enero de 2016. Junto a ello hay que mencionar buen número de gestos hechos por ambas partes en los últimos meses.

Entre esos gestos cabe incluir el intercambio de felicitaciones entre el papa Francisco y el Presidente Xi Jinping después de que ambos tomaran posesión de sus puestos;

² Véase: G. ABAD QUINTANAL, “La situación de los cristianos en China: un vestigio del totalitarismo”, en *Razón y Fe* 1397 (2015), 283-290.

el hecho de que el papa Francisco sea el primer Pontífice al que se ha permitido atravesar el espacio aéreo chino, cosa que hizo en el transcurso de sus viajes a Corea del Sur y Filipinas, que Beijing no haya nombrado nuevos obispos de forma independiente desde la llegada de Xi Jinping y haya permitido a un obispo ordenado por Roma asumir sus funciones, la decisión del Pontífice de no reunirse con el Dalai Lama en el transcurso de su visita a Roma o la afirmación del papa Francisco de que no se debe temer el ascenso chino, algo que acompaña de declaraciones acerca de su admiración por la historia y la cultura chinas (recuérdese a Matteo Ricci, jesuita como él, que tras pasar en China los treinta últimos años de su vida, estaba convencido de la compatibilidad de los valores chinos y la teología cristiana).

Por lo demás, parece relevante que en septiembre de 2015 tanto el papa Francisco como Xi Jinping visitaron Estados Unidos al mismo tiempo, con motivo de la sesión anual de la Asamblea General de las Naciones Unidas, con lo que algún tipo de contacto pudo haber tenido lugar. Es más, no son pocos los que señalan que aquel momento pudo servir al presidente chino para tomar conciencia de la tremenda popularidad

del papa Francisco y, en línea con el más clásico pragmatismo chino, sacar conclusiones acerca de cómo puede beneficiar al estado que preside una mejora de las relaciones con el Vaticano.

Si bien es cierto que la existencia de intercambios y diálogo no ha hecho desaparecer las diferencias y que la Iglesia ve en la falta de libertad religiosa en China un obstáculo notable para una mejora de relaciones, no es menos cierto que desde el Vaticano, tal como ha señalado el Secretario de Estado, Pietro Parolin, se considera que el mero hecho de que tal diálogo exista ya es, en sí, significativo y constituye una invitación al optimismo en relación con las posibilidades para una normalización de las relaciones.

Este último planteamiento, muy en sintonía con la filosofía y los ritmos asiáticos, dos son las cuestiones a las que atender: las relaciones entre el Vaticano y Taiwán y la cuestión de la ordenación de obispos.

a) *Las relaciones entre el Vaticano y Taiwán*

Desde el final de la guerra civil china y la consolidación de la República Popular, el Vaticano ha mantenido relaciones con la Re-

publica de China y ha contado con una nunciatura en Taiwán, lo que ha supuesto desde entonces un obstáculo nada desdeñable para una posible mejora de las relaciones con Beijing.

En este punto, no parece difícil aventurar que, si el Vaticano, en aras de la mejora de sus relaciones con la República Popular tuviera que cerrar su representación en Taiwán o, cuando menos, bajar el nivel de la misma, lo haría. Para algunos analistas, en efecto, es en esta línea cómo hay que interpretar el hecho de que la Santa Sede no haya nombrado un nuevo nuncio en Taiwán, dejando el puesto vacante, tras el nombramiento del anterior, Monseñor Russell, como nuncio apostólico en Turquía y Turkmenistán.

En realidad, cabe pensar que la posibilidad de cambiar su representación de Taipei a Beijing es algo que el Vaticano siempre ha contemplado, pues ya en 1999 el entonces Secretario de Estado Vaticano, el Cardenal Angelo Sodano, señalaba que se podría cambiar la nunciatura de una ciudad a otra de la noche a la mañana en caso de que se llegara a un acuerdo con Beijing.

Con todo, no podemos dejar de plantearnos en qué medida la adopción de decisiones como estas no supondría dar la espalda a los

cientos de miles de católicos existentes en Taiwán en la actualidad. Del mismo modo, para la República de China, que en los últimos años ha visto a muchos estados con los que mantenía relaciones diplomáticas darle la espalda en favor de la República Popular China –en buena medida como consecuencia de un cálculo en relación con los intereses económicos o políticos de esos estados– supondría un importante golpe para su diplomacia y sus relaciones exteriores.

Cuestión mucho más espinosa y donde el acuerdo puede no ser tan “fácil” de alcanzar es, sin embargo, la que se refiere a la ordenación de obispos.

b) *La ordenación de obispos*

En el marco de la Iglesia Católica corresponde al Papa la prerrogativa para la ordenación de obispos, como medio para conservar la autoridad apostólica y la unidad de la Iglesia pero, sobre todo, porque tal autoridad, como recordaba el papa Benedicto XVI le ha sido conferida directamente por Jesucristo. No obstante, la República Popular China, ansiosa por impedir lo que considera injerencias externas, se ha arrogado siempre, de la mano de la Iglesia Patriótica, esa prerrogativa y, frecuentemente, no ha re-

conocido a los obispos nombrados por la Santa Sede.

Como medio para abordar esta cuestión, se han lanzado algunas propuestas en la línea de una colaboración entre las autoridades de Beijing y Roma. Una de tales opciones es la posibilidad de que el Papa apruebe el nombramiento de obispos previamente designados como tales –supuestamente de forma democrática– por el “consejo de obispos”, órgano controlado por el estado chino. Sería una fórmula, consideran algunos, para que los obispos que fueran nombrados contarán con la doble aprobación de la Santa Sede y del gobierno chino.

En la misma línea, se sugiere también que se podría hacer justo lo contrario: que fuera el Vaticano quien proporcionara un listado de posibles candidatos, permitiendo al gobierno chino que eligiera entre ellos, de forma semejante a lo que ya se hace en Vietnam.

Finalmente, se plantea una tercera vía consistente en que el Vaticano proponga una lista cerrada de candidatos que el gobierno chino tendría que aprobar.

En realidad, la primera de estas fórmulas es la que, al menos de momento, parece estarse aplicando en la práctica, pues el verano pasado fue ordenado el primer

obispo en tres años y, efectivamente, cuenta con el beneplácito de ambas partes.

Lo más curioso es la asombrosa similitud de estos procedimientos con los adoptados en el marco de las relaciones con los antiguos miembros del bloque oriental durante los años de la guerra fría³, unos procedimientos tan cuestionados y discutidos entonces como lo es hoy el intento de entendimiento y aproximación a la República Popular China.

4. Los planteamientos de los críticos

Sin embargo, no es posible obviar la posición de quienes, desde el seno de la Iglesia, no ven en el creciente diálogo entre la República Popular China y la Santa Santa Sede, un motivo de alegría, sino de preocupación, pues temen que la iglesia acabe controlada por el partido comunista. Unos temores que podrían no ser absurdos si, como algunos analistas plantean, lo que verdaderamente persigue Xi Jinping es la *Sinicización*. En este punto hay que tener en cuenta, además, la llamada del presiden-

³ Cf. V. GAETAN, “The Pope and the Politburo”, en *Foreign Affairs SNAPSHOT* (2016).

te chino a continuar resistiéndose a las influencias externas, en especial de la mano de la religión.

Entre ellos hay que incluir al Cardenal Joseph Zen Ze-kuin, obispo de Hong Kong del 2002 al 2009, que desconfía de la disposición de las autoridades chinas al considerar que en el momento actual cuentan con el control de la Iglesia en China, al dominar la Asociación Católica Patriótica China y que, en consecuencia, con una negociación solamente podrían perder.

En ese contexto, el Cardenal Zen teme, como otros críticos, que sea el Vaticano el que termine por hacer concesiones excesivas en cuestiones como el proceso de ordenación de obispos algo que, consideran iría directamente contra las enseñanzas de Jesucristo, pues si es Él quien ha conferido directamente al Papa la autoridad para tales nombramientos, el Papa no puede transferir esa autoridad porque, en el fondo, no "le pertenece". Además, consideran que la transferencia de esa autoridad al gobierno chino sería especialmente grave por tratarse de un gobierno ateo.

Los críticos, por otra parte, no ven muchas razones para confiar en que el gobierno chino deje de perseguir a los cristianos. En ese sentido, el citado Cardenal Zen

considera que la comunidad católica clandestina china está siendo marginada y que, en realidad, es imposible que el proceso fructifique si se parte de esa base.

Junto a ello, parece lamentar que desde el Vaticano no se adopte una actitud más firme y se permita que ciertas cuestiones de gran enjundia como la permanencia en prisión de Monseñor Su Zhemin o los ya tres años de arresto domiciliario de Monseñor Ma Daquin queden al margen de conversaciones como las mantenidas los meses pasados, al parecer por entender que se trata de cuestiones muy sensibles que podrían hacer descarrilar la negociación en su conjunto. Insisten en que con ello se silencia, es más, se anula, a la comunidad cristiana clandestina.

Como colofón, sorprende también a los sectores más críticos la ausencia de menciones a las cuestiones relativas a la falta de libertad religiosa, las persecuciones o los problemas a que hace frente la iglesia clandestina en China en los discursos del Papa.

5. Conclusiones

Parece claro que tanto la normalización de las relaciones entre la República Popular China y el Vaticano como la unidad de los cris-

tianos en China son objetivos muy loables. Ahora bien, parece lógico considerar que la consecución de tales metas no puede hacerse a cualquier precio.

En otros términos, como señalan los que, como el Cardenal Zen, adoptan una posición más crítica respecto del proceso que nos ha ocupado en estas páginas, esta nueva *Ostpolitik* (la aproximación a las relaciones con la República Popular China recuerda en buena medida a la que desarrolló el Vaticano frente a los gobiernos comunistas de la antigua Europa Oriental, caracterizada también, como el propio Concilio Vaticano II por la ausencia de críticas a las acciones de esos regímenes pese a sus violaciones de derechos y libertades, incluida la religiosa) no puede desarrollarse sin unos mínimos irrenunciables, pues de lo contrario se corre el riesgo de que sea interpretada por el gobierno chino como un signo de debilidad que les invite a ir cada vez más lejos en sus reivindicaciones dejando cada vez menos margen a la libertad religiosa.

En cualquier caso, existe una voluntad de reaproximación entre la República Popular China y el Vaticano y estamos asistiendo a gestos de buena voluntad de mayor o menor calado por ambas partes mientras que las dificultades y los desacuerdos permanecen. Sin embargo, esa realidad no puede ensombrecer el hecho de que los dos estados parecen estar más cerca de establecer relaciones diplomáticas de lo que lo han estado en los últimos 60 años⁴.

El primer Papa americano se está revelando también como un Papa muy asiático: dos visitas a dos estados asiáticos en tres años de pontificado y sus esfuerzos en relación con la República Popular China – que podrían llevarle a ser el primer Pontífice en visitar China, algo que desea y que ya deseaba su predecesor, Benedicto XVI – dan buena prueba de ello. En realidad, parece lo apropiado para un pontífice cuyo papado se está desarrollando en el que se está configurando como siglo del Pacífico. ■

⁴ Cf. D. VOLODZKO – TH. SESIN, “China’s Two-Track Approach to Christianity: Vatican Vs Wenzhou”, en *China Brief* 10 (2015).